

consumen desde su casa las incitantes enchiladas, el *siambre* y el *pipián*, que gozan de una reputación tradicional.



CAPÍTULO III.

Sigue la colecta en la casa de Don Pedro María.

Los padres mercenarios acaban de subir las escaleras de la casa de D. Pedro María.

La portera los dejó subir, registrando su bolsa para darles al bajar.

La recamarera, muchachuela alegre y franca, corrió á avisar y enseguida invitó á los padres á pasar á la sala.

La señora de la casa era una señora muy amable, de *muy buen humor*, vecina vieja del barrio, piadosa, arreglada y buena.

—Buenos días, padres, dijo en el momento de ver á los mercedarios; que tal vamos de colecta?

—Regular, mi señora doña Rosario, contestó el más viejo, ya sabe usted que los fieles en estos días se esmeran en sus piadosas manifestaciones hácia María Santísima.

Efectivamente, la bandeja de plata que cargaba el padre joven estaba rebosando.

—¡Ah! dijo doña Rosario; viendo la bandeja, ya veo, ya veo que no estamos mal. Por mi parte, aunque con mucha mortificación...

—No se mortifique usted, mi señora doña Rosario, que Dios recibe todo y la Provincia de Nuestra Señora también.

—Los negocios de mi marido no andan bien, y luego tenía familia... ya sabe usted, tenemos Merced en casa y ya calculará usted lo que se gasta.

Todo esto lo decía doña Rosario revolviendo entre sus dedos un manojito de llaves.

—Lo que se pueda, lo que se pueda, mi señora...

—Estoy con ustedes, dijo á los padres, pero sirvanse ustedes sentarse aún que no me tardo.

Los padres iban á sentarse.

—Por aquí, indicó doña Rosario... en el sofá estarán ustedes mejor.

—No se moleste usted.

El padre viejo se sentó en el sofá y el joven, teniendo miedo á los resortes, descansó en una silla, se puso la bandeja sobre las rodillas y estiró los brazos que traía entumecidos.

No tardó en salir doña Rosario trayendo dos escudos de oro que depositó en la bandeja.

—Dios pague la caridad, dijo el padre y entregó á doña Rosario una estampa de la Virgen de la Merced.

La noticia de que allí estaban los padres colectores corrió hasta la cocina, de manera que cuando estos salían, todos los criados de la casa los esperaban en el corredor y pusieron cada uno en la bandeja su limosna.

Don Pedro María era un viejo empleado en Palacio, hombre probo y de buenas y dulces costumbres.

Como además de su sueldo tenía algunos negocitos, hacía también algunos días que hojeaba libros y removía papeles para facilitar un ingreso extraordinario á sus fondos con motivo de acercarse el día de Nuestra Señora de la Merced, para cuyo día solemne se hacían ya grandes preparativos.

Ya había ido el carpintero á barnizar los muebles, el hojalatero recomponía los faroles, y don Pedro estaba preparando á la sordina además de las compras ostensibles, algunas de sor-

presa y de obsequio á su hija Mercedes, como por ejemplo, una vajilla, unos aretes y otras chácharas.

Doña Rosario, por su parte, había tomado efectos en el cajón de Orvañanos, calle de la Monterilla; y hacía días que en unión de sus dos hijas, Mercedes y Angelita, entraba y salía á las sederías, á las tiendas de ropa y á las mercerías, habilitándose de encajes, botones, lazos, y esos cien mil dijes indispensables entre señoras que van á estar de fiesta.

La imaginación de estas dos niñas, hijas felices y mimadas, se perdía en el intrincado dédalo de un programa risueño y subversivo, pasando rápidamente á cada rato por el campo brillante de su fantasía, como en las combinaciones de un cromotropo y sucesivamente, estos nombres: las luces, los cohetes, los chocolates, los dulces, las

visitas, los novios, el novio, la procesión, la comida, el baile, los vestidos, el vals, las cuelgas, el matrimonio, la felicidad, en fin, bajo todos los prismas y en la más deslumbradora de las confusiones.

La señora doña Rosario, que es persona de sociedad é incapaz de olvidar ningún detalle, ha empezado á hacer *visitas*, quiere decir, ha ido recorriendo la larga lista de sus amistades, empezando por aquellas con quienes se encontraba más en descubierto, ó como ella decía, *endrogada*.

La cuestión de relaciones amistosas, la deja la señora doña Rosario cada año como un pelo.

Pero nó como un pelo que se revienta, como cuando la suspensión de nuestras convenciones diplomáticas, sino como un pelo, de ese que se usa para hacer esta comparación, que no sabemos de donde venga.

Doña Rosario se aparece á principios de Setiembre en las casas de sus antiguas amigas, y después de las amistosas y mútuas recriminaciones, acaba doña Rosario por convidar á sus amigas á las luces, á la procesión, á la comida y al baile del 24; las amigas después de fingir todas las dificultades imaginables acaban por aceptar en conjunto todos los convites.

Arregladas las relaciones exteriores, Doña Rosario toma á su cargo la cartera de gobernación, como ministro nuevo, y comienza por la policía de la casa, también como ministro nuevo, y sigue el tráfico de freganderas y el ruido de escobetas que es un gusto.

No ha descuidado ir en persona á buscar á la cocinera de los días grandes, y eso con anticipación para que no se comprometa en otra parte.

Merced y Angelita piden moldes

prestados, consultan figurines y á sus amigas más elegantes, cortan y cosen incesantemente y les parecen largos los días anteriores al de la fiesta.

Cuentan ya con algunas amiguitas de confianza para que las acompañen en todo, así como Don Pedro María ha convidado á algunos compañeros de oficina, á algunas personas graves, al padre Martínez y al señor cura de San Pablo, ambos á dos sus compañeros de tresillo.

Don Pedro María para completar su dicha, tiene un hijo grande de quien no hemos hablado: Pablito.

Pablito estudia cuarto año de leyes, es un jovencito que tiene mucho talento según su papá y su mamá, hace versos buenos, y ha puesto ya en letras de molde algunos trabajos literarios.

Pablito dijo unos versos en la distribución de premios de su colegio y lo hizo muy bien.

Pablito está enamorado como un bárbaro, y por medio de sus hermanas está á punto de realizar la inocente intriguilla de hacer convidar á su novia para la fiesta de la Merced.

Á las siete de la noche las niñas están vestidas esperando á las visitas, que son obsequiadas entre nueve y diez con bizcochos, dulces y copitas de licor.

Los balcones están adornados con cortinas blancas y con faroles, y las vidrieras permanecen abiertas hasta las doce, para que las visitas gocen del cuadro que presenta la calle, en la que, á cortas distancias están colocados á la orilla de las banquetas numerosos puestos de vendimieras, y mesitas, que son otros tantos figones que prodigan el incitante olor de los varios manimientos y de los chorizos de Toluca.

No hay una sola puerta, balcón ó

ventana en todo el trayecto de las calles que converjen al convento, en donde no alumbren faroles de vidrio ó de papel, y esas calles están literalmente llenas de gente.

Estamos en la sexta noche.

En las cinco precedentes Merced y Angelita han lucido su habilidad en el piano; Don Pedro María, su señora y el señor cura de San Pablo, el padre Martínez y dos señores muy buenos amigos de la casa, forman un corro donde se platica, al principio con gravedad, y después con animación, porque el padre Martínez es muy ocurrente, y el señor cura tiene mucho talento.

El padre Martínez tiene una fisonomía franca y rubicunda, reboza buen humor y bonhomía, y toma chocolate con un apetito envidiable.

Las niñas y los pollos se agrupan á los balcones y pueden, merced al ruido de la calle, decirse muchas cosas.

El ruido es conveniente para los amantes, para no hacer ruido.

La antevíspera del 24 pernoctan en la casa de Don Pedro María algunas amiguitas de las niñas, con objeto de ver la salva al día siguiente.

La salva consiste en el madrugar de todo el vecindario, que á las cuatro de la mañana en punto se vuelve loco de gusto, y hay á esa hora repiques, cohetes y música.

En la noche, tienen lugar en el templo los maitines solemnes, con asistencia de toda la comunidad y con gran orquesta.

Diez mil personas se disputan el honor de entrar al templo, adonde bien pronto dejan satisfecha su curiosidad y salen á gozar de nuevo del animado espectáculo de *las luces* que terminan con *los castillos* y con nuevos repiques.

Todo es gritos y animación, todo es alegría y movimiento. No hay en todo el barrio una sola persona que no contribuya gustosa á formar de aquel cuadro la mas tumultuosa y animada de las diversiones.

Llega el día 24. Toda la casa de Don Pedro María está de fiesta; los criados están muy limpios y la cocina ha recibido refuerzo de batería y de manos.

Las niñas han convertido su recámara en un arsenal de lienzos almidonados, de flores, de encajes, de aromas y después de algunas horas del más complicado, minucioso y difícil tocador, salen Merced y Angelita, radiantes de hermosura, prodigando aromas, vendiendo juventud y lozanía, como flores que acaban de abrirse dentro de un invernáculo.

Las niñas pasan la mayor parte de

la noche en confidencias y cuchicheos, y es tal el alborozo que el sueño huye de sus ojos.

Apenas se exhiben, son contempladas con evidiable deleite por Don Pedro María y doña Rosario, quienes se sientan cómodamente para recrearse en sus hijas, á quienes estudian y analizan con nimio cuidado y no menos interés que cariño: las besan en la frente y en seguida presentan á Merced sus respectivos obsequios.

Merced es el objeto de todas las atenciones, la llaman el santo de la fiesta, y va á recibir, desde la tarjeta dorada y calada de la muger que aseó el corredor, hasta el soneto acróstico de su novio; desde el platón de cocada de la monja ó de la tía anciana, hasta el lujoso devocionario que la regala el padre Martínez.

Se cubren las mesas de platonos de

dulces, y de obsequio de todo género. Merced goza de esa manera febril con que se goza á los quince años, recibiendo puras las emanaciones del cariño, del amor, de la fé y del entusiasmo.

Merced lloró de gozo: era completamente feliz.

Toda la familia va á la función de iglesia. Merced y Angelita se arrodillaron frente al altar, y poco á poco aquellas dos almas puras, se fueron entregando á una beatitud apacible y dulce.

El estrepitoso acento de la orquesta, que resuena de una manera especial en las bóvedas del templo, conmovía y agitaba las fibras nerviosas de aquellas jóvenes, con ese sacudimiento particular que produce una especie de calosfrío delicioso.

Ese bienestar indecible que experimenta el cuerpo cuando al aseo recién

te sucede la presión de la ropa nueva, el contacto del cambray y de la seda; y esa otra sensación gratísima que engendra la aspiración de un aroma penetrante, esa lucidez con que la imaginación recorre los pasados horizontes de una juventud que es un cielo sin nubes ni tempestades, sino sereno, azul y tranquilo, como el cielo de Abril, y los efluvios místicos de una religión de amor rodeada de los atractivos de un culto deslumbrador y de grandioso aparato; todo esto estaba produciendo en aquellas dos almas sencillas y tiernas, la más completa, la más dulce de las mistificaciones, y por medio de todo ese conjunto de sensaciones y de deslumbramientos, se elevaban Merced y Angelita en esa molicie leda, precursora del éxtasis.

Sentían como la sanción absoluta de su dicha, y se entregaban con ardor y

sin esfuerzo á una oración que tenía más de entusiasmo que de piedad, más de placer que de plegaria.

Merced y Angelita habían creído sin esfuerzo, se habían dejado conducir á una felicidad en que se engreían, y en medio de la saciedad de su alma, juntaban el cielo con la tierra.

¡Ah, cuán felices eran! Todavía el aguijón de la duda no había acercado su punta envenenada á sus almas puras; todavía el negro mónstruo de la corrupción actual no había arrojado á su casto seno la bocanada de su aliento inmundo. ¡Amaban y creían!



CAPÍTULO IV.

La comida en la casa de Don Pedro María, las primeras páginas de una historia triste, Chucho el Níño en la procesión.

A la una, la casa de don Pedro María presentaba ya el conjunto más ameno y variado.

Casi todos los asientos de la sala estaban ocupados por las visitas.

En la mesa del centro se ostentaba una variada profusión de tarjetas, con los nombres, desde el del alto funcionario hasta el del criado doméstico jubilado.

Merced y Angelita engalanadas, ra-